

## «Cifro en sangre poema y poesía»: el secreto abierto y la tradición homoerótica latinoamericana

Daniel Balderston  
University of Pittsburgh

a la memoria de Eve Kosofsky Sedgwick

Una sorpresa, un secreto: un poema de amor que Carlos Pellicer le escribió a un joven amante el 31 de julio de 1931:

Salir a verte sin que nadie sepa  
que tu belleza sólo me redime.  
Tu alegría es minero de palabras  
que me ordena las pula y las apile.

Toda tu lozanía  
es el regalo de las frutas vivas  
que en cerámica fuerza da tu vida.

Cuando tu mano al saludar me toca,  
en la frugalidad de ese momento  
tengo todo el placer de tu persona.

En tu risa la pifia paladea  
un aire naranjal y en dos aromas  
tu adolescencia tropical vocea.

Eres el agua nueva que se baña  
en la muelle espiral de mi remanso  
que saltea la sombra de las cañas.

Caña y pifia en un orbe anaranjado  
crucen el nombre junto al agua en vidrio  
que en la mesa del sueño he dejado.

Toda la lozanía  
que en octavos de tono –paz intensa–  
cifro en sangre poema y poesía.

(*Poesía completa 2*: 366-67).

El secreto está revelado a medias al final del poema (que no tiene ni título ni dedicatoria). Allí está cifrado el nombre del futuro Premio Nobel de Literatura, Octavio Paz Lozano. El poema juega con la retórica del secreto abierto: el joven amado es alegre, lo ilumina el sol tropical, llena de placer al poeta. (Todo esto de «llenar de placer» no es metáfora, por la referencia a la «cerámica fuerza» del amante adolescente). A la vez, todo esto pasa a la vista de todos pero «sin que nadie sepa», y la manera en que Pellicer oculta el nombre del amado en el poema (insistiendo apenas en el apellido materno, que aparece dos veces como «Toda la lozanía»), hace hincapié en el secreto compartido<sup>1</sup>.

Debo el conocimiento de la intriga que está detrás de este poema a Juan Pellicer, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Oslo y sobrino nieto del poeta, y (para más detalles) a Carlos Monsiváis. El poema está incluido en una antología de poesía gay en la red (que tiene el sugerente nombre «No eres el ÚNICO adolescente gay<sup>2</sup>») pero que yo sepa nadie ha publicado nunca nada que identifique el objeto amado con Paz. Es decir, el poema ha circulado por casi ochenta años «sin que nadie sepa», o por lo menos sin que nadie lo publique. Como el anillo que le regaló Teresa de la Parra a Lydia Cabrera en su lecho de muerte, bisagra de un artículo famoso de Sylvia Molloy, el dato sirve para hacer público algo que estaba a la vista, pero de modo oculto, durante todos estos años.

Es un caso extremo pero forma parte de un conjunto amplio de poemas donde un poeta le dedica un texto amoroso a otro. Estos intercambios son especialmente notables entre los poetas del «grupo sin grupo» de los Contemporáneos (Novo, Villaurrutia, Cuesta, Torres Bodet) y sus aledaños (Porfirio Barba Jacob de Colombia<sup>3</sup>, Rafael Heliodoro Valle de Honduras, César Moro

1. Un poema escrito ocho años más tarde, «Ocio», comienza con el verso «Paz de la biblioteca, paz de sabiduría» (2: 378-79). Desconozco si la relación continuó luego del matrimonio de Paz y Elena Garro en 1937.

2. Otro curioso ejemplo de la circulación de la poesía de los Contemporáneos es el texto de Noé Carrillo Martínez, «Trizar la distancia, romper el aire: Postales a Xavier Villaurrutia», en el libro compilado por Roxana Elvridge-Thomas, donde el joven poeta mexicano le confiesa a Villaurrutia sus aventuras amorosas, décadas después de la muerte de X. V. Otro texto del mismo libro que traza una línea semejante es el de Cuitláhuac Quiroga, «Avistamientos a Xavier Villaurrutia». Es decir, los Contemporáneos se homenajean como pioneros de la expresión homoerótica mexicana, aun entre los jóvenes poetas de la década actual.

3. Nandino cuenta, sin embargo, que Villaurrutia sintió una repulsión violenta por Barba Jacob (107), aun que él no parece compartir ese sentimiento (108-09).

del Perú, Juan Cotto de El Salvador<sup>4</sup>). Lo que propongo hacer aquí es dilucidar algunas de esas relaciones, y mostrar cómo la comunicación del secreto (tema de un elocuente ensayo de José Quiroga sobre la correspondencia entre Villaurrutia y Novo) es un gesto fundador de una tradición<sup>5</sup>.

La retórica del secreto es común entre los Contemporáneos; Víctor Manuel Mendiola afirma que «[e]l secreto que guardaba la poesía de Villaurrutia y los Contemporáneos, de manera contradictoria, no ha sido revelado. Se mantiene intacto» (80). Cuenta Elías Nandino: «En los primeros tiempos de nuestra amistad, Xavier, Salvador, Roberto, Jorge, Gilberto y yo formamos un grupo a partir de nuestros intereses literarios y de nuestras complicidades existenciales, grupo a través del cual compartíamos tremendas conversaciones sexuales o sentimentales, pero también intelectuales» (64); el «también intelectuales» agrega una nota extraña, de excesiva insistencia, a los recuerdos de esas «complicidades». El más famoso de los poemas homoeróticos del grupo, el «Nocturno de los ángeles» de Xavier Villaurrutia, comienza así:

Se diría que las calles fluyen dulcemente en la noche.  
Las luces no son tan vivas que logren desvelar el secreto,  
el secreto que los hombres que van y vienen conocen,  
porque todos están en el secreto  
y nada se ganaría con partirlo en mil pedazos  
si, por el contrario, es tan dulce guardarlo  
y compartirlo sólo con la persona elegida.

(*Contemporáneos* 111)<sup>6</sup>

La atmósfera de secretos, silencios y sospechas domina toda la poesía de Villaurrutia, sobre todo los hermosos nocturnos de *Nostalgia de la muerte*. Gilberto Owen comienza un poema con los versos: «La noche, que me espía por el ojo / de la cerradura del sueño» (*Contemporáneos* 172). Escribe Jorge Cuesta en «Soñaba hallarme»: «Soy el que ocultamente se retrasa / y se substrahe a lo que se devora», y concluye el soneto: «Oh, muerte, ociosa para lo pasado, / sólo es tu hueco la ocasión y el nido / del defecto que soy de lo que

4. Sobre los circuitos que formaban los Contemporáneos, y los otros intelectuales homosexuales que los frecuentaban, ver Rosa María Acero (37). Ver también los ensayos de Luis Antonio de Villena y de Sergio González Rodríguez en Olea Franco y Stanton, *Los contemporáneos en el laberinto*.

5. Me he ocupado del tema de la tradición homoerótica latinoamericana en «Baladas de la loca alegría» y «Los caminos del afecto». Es un tema que traté también en *El deseo, enorme cicatriz luminosa* y (junto con José Quiroga) en *Sexualidades en disputa*.

6. Quiroga comenta el hecho de que el amigo a quien Villaurrutia dedica el poema, Agustín J. Fink, se menciona en las memorias de Novo como dueño de un miembro viril imponente. A su vez, el tema de los marineros en el poema está glosado en las memorias de Nandino, que dice: «descubrí - junto con Roberto Rivera que también fue allá [a Los Angeles] a hacer una investigación, pero más que nada a pasear - que en esa ciudad era fácil conocer marineros al por mayor» (87). Agrega recuerdos de orgías con grupos de marineros, y con curas, en una casa parroquial (89).

he sido» (*Contemporáneos* 499). Y el centro de la meditación del poema largo más ilustre del grupo, «Muerte sin fin» de José Gorostiza, es el hueco que deja, y que determina, la forma.

A la vez, hablar tanto del silencio y del secreto es insistir en la comunicación del secreto, o por lo menos de insistir en que «todos», como dice Villaurrutia, «estén en el secreto». El secreto abierto, tema de reflexión importante en algunas de las primeras obras de la teoría *queer* —pienso en *The Novel and the Police* de D. A. Miller y en *Epistemology of the Closet* de Eve Kosofsky Sedgwick— inevitablemente adquiere un sentido tribal, como en la novela de Proust, o en el verso de Alfred Douglas que se hizo famoso en los juicios de Oscar Wilde, «the love that dare not speak its name». Como quiso Foucault, el insistir en la prohibición de nombrar convierte el silencio en tema de incesante conversación: lo reprimido retorna de modo obsesivo.

En el caso del poema de Pellicer con el que comencé esta discusión, es muy probable que pocos lectores hayan captado el mensaje cifrado en su momento. Por lo que me contó Monsiváis, la relación de Paz con Pellicer llegó a ser un escandaleta público cuando se enteró la novia y futura mujer, Elena Garro, que gritó «¡Maricón!» delante de la casa de Pellicer. Pero no sé si eso pasó en 1931, la fecha del poema, o un tiempo después: Paz y Garro no se casaron hasta 1937. Y no sé qué pensaba Paz del poema que lo homenajeaba, con evidente referencia a su miembro viril («cerámica fuerza»). El «adolescente tropical» desaparece después, ya lo sabemos, y se convierte en el autor de varias de las páginas más virulentamente homofóbicas de la literatura latinoamericana: ciertos pasajes de *El laberinto de la soledad* (y aun de *Yo, la peor de todas*<sup>7</sup>).

Pero el gesto del homenaje secreto de un poema a otro, o de poemas que establecen diálogos con los de otros poetas, se hizo tradición entre los Contemporáneos (no sólo entre los mexicanos, sino entre los otros hispanoamericanos que los frecuentaban, como Cotto, Valle y Moro). Novo escribió dos poemas hermosos sobre Villaurrutia, el poema de adolescencia «A Xavier Villaurrutia» («escucho el ritmo de tu corazón encendido», «nos devora un ansia pecadora»: *Contemporáneos* 365) y otro poema de la madurez «X. V.» («tenemos la misma edad, / gustos semejantes, / opiniones diversas por sistema»: *Contemporáneos* 414). Jorge Cuesta escribe un «Retrato de Gilberto Owen» («sembró en la soledad el gesto puro / que amoroso cuidado nutre y guarda»: *Contemporáneos* 491-92).

7. Sobre la homofobia en el estudio de Sor Juana, ver Balderston y Quiroga, *Sexualidades en disputa* (75).

También de interés son las dedicatorias, que hacen públicos los vínculos de amistad, complicidad o amor que hay entre los poetas. El hondureño Rafael Heliodoro Valle le dedica el poema «Ánfora sedienta» (que dará título a un poemario suyo) a Ricardo Arenales, uno de los sucesivos seudónimos de Miguel Ángel Osorio en el camino hacia el seudónimo definitivo de Porfirio Barba Jacob (de hecho es con el nombre Ricardo Arenales que se hace famoso como homosexual en el cuento de Rafael Arévalo Martínez, «El hombre que parecía un caballo»). El soneto de Valle culmina en el sexteto:

Creo que la neblina en la tormenta  
arde en el ritmo puro y lo ilumina.  
La noche es como un ánfora sedienta  
en que fulguran gemas silenciosas...  
Creo en la noche y creo en la neblina.  
¿Mi corazón? Lo que yo tengo es rosas (174).

Valle también dedica poemas a Jaime Torres Bodet («Las mariposas») y a Gabriela Mistral («Las limonarias»). El caso de Juan Cotto, poeta salvadoreño que estuvo vinculado a los Contemporáneos, es aún más curioso: casi todos sus poemas están dedicados; «Signos» a Rubén Salazar Mallén, «Pinos» a Xavier Villaurrutia, «Higos» a Rafael Arévalo Martínez, «Girasoles» a Carlos Pellicer, y en el caso más delirante, la «Epístola a León Felipe», dedicado no al poeta español sino a Enrique Morales Pardavé.

Las circunstancias de muchos de los poemas se han perdido, aunque algunos fragmentos se pueden reconstruir a través de las dos biografías que escribió Fernando Vallejo de Porfirio Barba Jacob, la autobiografía (*La estatua de sal*) y algunas crónicas de Salvador Novo, la especie de autobiografía que dictó Elías Nandino en la vejez a un joven periodista (*Elías Nandino, una vida no/velada*), y algunos ensayos y crónicas de Carlos Monsiváis. Uno se pregunta, por ejemplo, a quién le escribe Rafael Heliodoro Valle el poema «Holocausto», un soneto que dice así:

Eres como el ícono bizantino  
del Ensueño, que al ara se convierte;  
eres en los misales de la Muerte  
la mayúscula roja del Destino.

Eres suntuoso vaso tan divino,  
el de la letanía, el que pervierte,  
el de marfil, el blanco, pero el fuerte,  
donde se escancia del Amor el vino.

En ti la arcilla original se aclara  
y el Espíritu Santo está poseso.  
Eres el madrigal, eres el ara...

Y en tu sagrario está, de carne y hueso,  
el cáliz ideal que cincelara  
un taciturno lapidario, el Beso!

(*Anfora sedienta* 167-68).

No es que sea un poema especialmente bueno, pero el curioso cristianismo bizantino, decadente y pervertido, afirma la carne y el hueso, el «suntuoso vaso» hecho de «arcilla original», que establece vínculos extraños con la «cerámica fuerza» del poema de Pellicer y con el vaso de «Muerte sin fin» de Gorostiza.

A veces los poemas buscan el diálogo. «Amor condusse noi ad una morte» de Villaurrutia se urde explícitamente a partir de «Amor» de Novo, como han notado muchos críticos. El poema de Novo dice así:

Amar es este tímido silencio  
cerca de ti, sin que lo sepas,  
y recordar tu voz cuando te marchas  
y sentir el calor de tu saludo.

Amor es aguardarte  
como si fueras parte del ocaso,  
ni antes ni después, para que estemos solos  
entre los juegos y los cuentos  
sobre la tierra seca.

Amar es percibir, cuando te ausentas,  
tu perfume en el aire que respiro,  
y contemplar la estrella en que te alejas  
cuando cierro la puerta de la noche.

(*Contemporáneos* 413).

El de Villaurrutia (cuyo título viene de *Inferno* V: 106, el prólogo a la historia de Paolo y Francesca) es más largo, siendo una especie de glosa del breve poema de Novo:

Amar es una angustia, una pregunta,  
una suspensa y luminosa duda;  
es un querer saber todo lo tuyo  
y a la vez un temor de al fin saberlo.

Amar es reconstruir, cuando te alejas,  
tus pasos, tus silencios, tus palabras,

y pretender seguir tu pensamiento  
cuando a mi lado, al fin inmóvil, callas.

Amar es una cólera secreta,  
una helada diabólica soberbia.

Amar es no dormir cuando en mi lecho  
sueñas entre mis brazos que te cificen,  
y odiar el sueño en que, bajo tu frente,  
acaso en otros brazos te abandonas.

Amar es escuchar sobre tu pecho  
hasta colmar la oreja codiciosa,  
el rumor de tu sangre y la marea  
de tu respiración acompañada.

Amar es absorber tu joven savia  
y juntar nuestras bocas en un cauce  
hasta que de la brisa de tu aliento  
se impregnen para siempre mis entrañas.

Amar es una envidia verde y muda,  
una sutil y lúcida avaricia.

Amar es provocar el dulce instante  
en que tu piel busca mi piel despierta;  
saciar a un tiempo la avidez nocturna  
y morir otra vez la misma muerte  
provisional, desgarradora, oscura.

Amar es una sed, la de la llaga  
que arde sin consumirse ni cerrarse,  
y el hambre de una boca atormentada  
que pide más y más y no se sacia.

Amar es una insólita lujuria  
y una gula voraz, siempre desierta.

Pero amar es también cerrar los ojos,  
dejar que el sueño invada nuestro cuerpo  
como un río de olvido y de tinieblas,  
y navegar sin rumbo, a la deriva:  
porque amar es, al fin, una indolencia.

*(Contemporáneos 138-39).*

Elocuente sobre la relación entre el cuerpo y la imaginación, este poema de Villaurrutia abre la lectura de una serie de otros del grupo, como «Junto a tu cuerpo totalmente entregado al mío» de Novo, donde también se siente

en su peso y su bulto la figura del amado ausente. Lo más notable de la teoría amorosa esbozada aquí es que el ausente está más que el presente, cuando se cierran los ojos, cuando en el decir del poeta se debe «reconstruir» cuando está lejos.

Octavio Paz dice de Villaurrutia que fue más recatado en la expresión de sus costumbres sexuales que Novo:

La reserva de Xavier contrastaba con la jactancia de Novo. Mientras Novo hacía una suerte de ostentación de sus inclinaciones sexuales, Xavier defendía su vida privada. No creo que fuese hipocresía. No se ocultaba y era capaz de hacer frente a la condenación pública. Era discreto lo mismo en la vida real que en la literatura (16<sup>8</sup>).

Y en el mismo ensayo nota que Villaurrutia encabezó el pequeño comité, constituido por Villaurrutia, Paz, Emilio Prados y Juan Gil-Albert, que recopiló la famosa antología *Laurel: Antología de la poesía moderna en lengua española* en 1941. Vale recordar aquí, en el marco de un homenaje a Gil-Albert y sus contribuciones a la temática homoerótica en lengua española, que dicha antología tenía mucho que ver con los gustos poéticos cultivados por los Contemporáneos. Pero se puede decir, en contra del recato afirmado por Paz, que Villaurrutia sí disfrutaba del escándalo, aunque sea en grado menor al goce que siente Novo: «Aragón Leiva me llama “crítico libidinoso”, calificativo que me encanta» (*Cartas* 57).

Villaurrutia le dice a Novo en una carta de su único viaje fuera de México, a Estados Unidos en 1935-1936: «Por fin reconoces que soy capaz de guardar secretos. El que me confías es interesantísimo» (37). Noten bien que el secreto se menciona en la carta pero no se revela: sólo los amigos pueden descifrar el mensaje. Novo publica la carta (junto con muchas otras) varias décadas después de la muerte de Villaurrutia, pero no aclara a qué secretos se refieren. Sus memorias, a su vez, se confían a Carlos Monsiváis, quien hace publicar algunos fragmentos en los años setenta, poco después de la muerte de Novo, pero quien no logra publicar hasta 1998 la totalidad del escandaloso libro. A su vez, César Moro le escribe a Villaurrutia poco antes de la muerte de éste:

Querido Xavier, gracias por tu libro, por tu país, realidades latinoamericanas. Perdón si no supe expresar nuestra cabal admiración; tú sabes leer entre líneas. Que la vida —la admirable, la pavorosa vida— continúe des-

8. Agrega Nandino: «Del lado de Villaurrutia creo que el tema de la muerte en sus poemas en buena medida es producto de la angustia existencial que le causaba su homosexualidad» (127). Cuenta un sueño donde pone su mano en la rodilla de Villaurrutia mientras le habla, sólo para despertarse y darse cuenta que el amigo se ha muerto (147).

envolviendo sus hilos; *amar es, al fin, una indolencia*. ¿Cómo no seguir en los sitios de peligro donde no caben ni salvación ni regreso? (Moro, *Prestigio* 427<sup>9</sup>).

El peligro también lo menciona Elías Nandino en las memorias que dictó a los ochenta y cuatro años a Enrique Aguilar, y que apareció con el título sugestivo de *Elías Nandino, una vida no/velada*: «a mí —de corazón— me gustaban los hombres y el cierto peligro que eso implicaba» (117<sup>10</sup>). Los diálogos de los amigos poetas son expresiones de ese recelo. Como dice Villaurrutia en su poema desde, y sobre, Los Ángeles: «todos están en el secreto / y nada se ganaría con partirlo en mil pedazos / si, por el contrario, es tan dulce guardarlo/ y compartirlo sólo con la persona elegida». El secreto es una parte esencial de la poética de este círculo de poetas y amantes.

#### Obras citadas:

Rosa María Acero, *Novo ante Novo: Un novísimo personaje homosexual*. Madrid, Editorial Pliegos, 2003.

Enrique Aguilar, *Elías Nandino: Una vida no/velada*, México, Grijalbo, 1986.

Daniel Balderston, «Baladas de la loca alegría: literatura *queer* en Colombia», *Revista Iberoamericana* 225, 2008, pp. 1059-73.

— «Los caminos del afecto: la invención de una literatura *queer* en América Latina», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 63-64, 2006, pp. 25-49.

— *El deseo, enorme cicatriz luminosa: ensayos sobre homosexualidades latinoamericanas*, Rosario, ed. Beatriz Viterbo, 2004.

Daniel Balderston y José Quiroga, *Sexualidades en disputa*, Buenos Aires, Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires, 2005.

Juan Cotto, *Cantos de la tierra prometida*, San Salvador, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, 1997.

9. Pedro Faverón comenta esta carta en *Caminando sobre el abismo: Vida y poesía en César Moro* (62). Sobre la «Vida escandalosa de César Moro», comenta que ese poema «no tiene como tema principal el amorío, aunque es evidente que su homosexualidad es uno de los motivos principales para el adjetivo “escandalosa” que Moro atribuye a su vida, en oposición al orden de una vida burguesa, convencional y tibia» (73). En contraste, ver el artículo de Magdalena García Pinto, que toma su título de ese poema y afirma la centralidad de la homosexualidad para entender la poesía de Moro.

10. Después Nandino cambió de opinión sobre el trabajo de Aguilar y publicó *Juntando mis pasos* para contar él la verdad de su vida.

- Blanca Estela Domínguez Sosa, comp., *Contemporáneos: Obra poética*, Barcelona, DVD Ediciones, 2001.
- Roxana Elvridge-Thomas, comp., *Villaurrutia: ... y mi voz que madura*, México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2003.
- Pedro Faverón, *Caminando sobre el abismo: Vida y poesía en César Moro*, Lima, Editorial Antares, Artes y Letras, 2003.
- Magdalena García Pinto, «La vida escandalosa de César Moro: autorrepresentación, exilio y homosexualidad», *Sexualidad y nación*, comp. Daniel Balderston, Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000, pp. 283-94.
- Víctor Manuel Mendiola, *Xavier Villaurrutia: La comedia de la admiración*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Sylvia Molloy, «Disappearing Acts: Reading Lesbian in Teresa de la Parra», *¿Entiendes? Queer Readings, Hispanic Writings*, comp. Emilie Bergmann y Paul Julian Smith, Durham, Duke University Press, 1995, pp. 230-56.
- César Moro, *La tortuga ecuestre y otros poemas en español*, comp. e intro. Américo Ferrari, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
- *Prestigio del amor*, comp. Ricardo Silva-Santiesteban, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002.
- Elías Nandino, *Juntando mis pasos*, México, Editorial Aldus, 2000.
- Salvador Novo, *La estatua de sal*, comp. e intro. Carlos Monsiváis, México, Consejo Nacional para la Cultura, 1998.
- Rafael Olea Franco y Anthony Stanton, comp. *Los contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, El Colegio de México, 1994.
- Carlos Pellicer, *Poesía completa*, comp. Luis Mario Schneider y Carlos Pellicer López, 3 vols., México, Consejo Nacional para la Cultura/Universidad Nacional Autónoma de México/Ediciones del Equilibrista, 1996.
- Rafael Heliodoro Valle, *Ánfora sedienta: Poemas*, México, ed. Manuel León Sánchez, 1922.
- Fernando Vallejo, *Barba Jacob, el mensajero*, México, Editorial Séptimo Círculo, 1984.
- *El mensajero: Una biografía de Porfirio Barba Jacob*, Bogotá, Alfaguara, 2003.

*«Cifro en sangre poema y poesía»: el secreto abierto y la tradición homoerótica latinoamericana*

Xavier Villaurrutia, *Antología*. Comp. e intro. Octavio Paz, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

— *Cartas de Villaurrutia a Novo (1935-1936)*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1966.

Xavier Villaurrutia, Emilio Prados, Juan Gil-Albert y Octavio Paz, comp. *Laurel: antología de la poesía moderna en lengua española*, México, Editorial Séneca, 1941.